

Balada por un marciano

Carlos Manuel Cruz Meza

El marciano llegó al viejo bar de la Tierra. Descendió de su nave en un estacionamiento al aire libre y algunos transeúntes lo miraron con asombro. Otros, con asco y aversión.

Sin prestarles atención, miró en derredor suyo y se encaminó a la entrada. Traspasó la puerta y todos los clientes lo observaron con horror.

—Buenas tardes— saludó con cortesía. Nadie le contestó. Algunas personas cuchichearon algo inaudible. El marciano se encaminó a la barra, se sentó y miró al cantinero.

—¿Qué quieres? —le preguntó éste con desprecio.

—Vengo de Marte —respondió él, amable—. Soy de allá y decidí visitar la Tierra.

—Te felicito— dijo el tabernero con sorna—. ¿Qué te sirvo? ¿Una cerveza?

—¿Cerveza? ¿Beer? ¿Birra? ¿Es esa bebida con alcohol y espuma que consumen tanto los terrestres?

—Sí, ésa es. ¿Quieres o no?

—En Marte no hay cervezas.

—No te pregunté, y no me importa si en Marte beben agua o meados. ¿La quieres o no?

—Bueno... —el marciano sonrió—. Me encanta este planeta. Desde pequeño oí hablar sobre la Tierra, aunque nadie quiere venir por aquí.

El cantinero tomó una lata de cerveza, la destapó, sirvió su contenido en un tarro y se la dio al extraterrestre.

—No me extraña. En lo personal, no me gustan los marcianos. Son idiotas.

Dio un respingo.

—¿Por qué cree usted que los marcianos... somos tontos?

El hombre sonrió.

—Lo siento, me expresé mal. ¡Son estúpidos!

El extraterrestre lo miró entre dolido y confundido. Comenzó a beber su cerveza en

silencio.

Los demás clientes comenzaron a levantarse y a salir del negocio. El cantinero frunció el ceño.

—¿Sabes algo, tipo? Creo que deberías levantarte, tomar tu estúpido platillo volador y largarte de la Tierra. Regresa a Marte. Te lo digo en serio. Aquí nadie quiere a los marcianos. Desde hace muchos años sabemos que ustedes son una amenaza.

—Señor, créame que siento mucho que tengan ese concepto de nosotros. Verá, si bien es cierto que en Marte hemos conseguido un avance tecnológico superior al suyo, eso no quiere decir que queramos invadirlos o algo así. No, por el contrario, los marcianos tenemos un concepto muy bueno de la Tierra y de sus habitantes. Los terrestres...

—¡Basta! —bramó el cantinero—. Termina esa cerveza y lárgate. No quiero marcianos en mi negocio. Huelen raro. Y ese estúpido traje no les ayuda en nada.

—Este traje compensa la diferencia de gravedad entre Marte y la Tierra, y purifica la gran cantidad de gases atmosféricos presentes en el aire. Moriríamos sin él.

—Dije que te largues— repitió, tomando una escopeta y apuntándole. El marciano asintió con tristeza y se apresuró a terminar su cerveza. Después se levantó y salió del bar.

Una vez fuera, observó que una multitud se había reunido en derredor suyo y lo contemplaba con hostilidad. Trató de abrirse paso hacia el estacionamiento, con el fin de alcanzar su vehículo, pero varios individuos se plantaron ante él, impidiéndole el paso.

—Desgraciado monigote extraterrestre... —dijo uno de ellos. El marciano miró sus camisetitas negras, las cuales llevaban plasmado el dibujo caricaturesco de un ser verde con seis ojos, antenas en la cabeza y ventosas en la punta de los dedos, vistiendo un traje espacial gris y portando una pistola futurista en la mano derecha. La figura estaba en medio de un círculo rojo y una raya del mismo color la atravesaba en diagonal. Una leyenda escrita con letras rojas rezaba: «La Tierra para los Terrestres», y un segundo renglón afirmaba: «Matar un marciano al día aleja al invasor de tu vida».

—¿Qué quieren? —preguntó el marciano, asustado.

—Se supone que si eres de Marte debes ser verde —dijo uno de ellos, mientras se le acercaba con un pedazo de tubería metálica en la mano—. Y tener seis ojos saltones.

—No sé de qué están hablando. De verdad, yo no quiero problemas... —el extraterrestre retrocedió.

—Debiste pensarlo antes de dejar Marte —replicó otro, mientras le daba un fuerte empujón. El marciano, enfundado en su traje espacial color plata, cayó al suelo como

un fardo.

—¡Por favor, déjenme ir! ¡Les prometo que no regresaré...!

—¡Prométeselo a tu marciana madre! —dijo otro, y le dio un fuerte golpe en el pecho. Se escuchó un siseo y el extraterrestre miró horrorizado su traje.

—¡Has roto mi estabilizador gravitacional! ¡Lo necesito para sobrevivir!

—Descuida, monigote verde. No vas a tener que preocuparte por eso mucho tiempo.

—¡No soy verde...! —replicó. No lo escucharon. Los doce empezaron a golpearlo con tubos y palos. El marciano gritó un rato y luego se quedó quieto.

Cuando todo terminó, el policía 747 llegó al lugar de los hechos. Miró el cadáver y comentó con uno de los testigos:

—Marciano, ¿eh?

—Sí, oficial— dijo el hombre. Iba cargando a su hijo de seis años—. Y lo peor es que no entienden. Vienen y vienen.

—El Gobierno de la Tierra impondrá medidas pronto —el policía tomó nota de lo ocurrido y se comunicó por radio con el Centro Médico Terrestre, pidiendo una aerolancia. Observó con cuidado el cadáver. Había un símbolo pintado con aerosol rojo sobre su traje: una letra «M» tachada con una equis roja.

—¿Conoce ese signo? —preguntó el testigo.

—Sí. Es el logotipo de la Liga Antimarcianos de América. Es un grupo radical.

El niño señaló entonces el cadáver del marciano e inquirió:

—¿Es un marciano, papá?

—Sí, hijo.

—¿Y por qué se parece a nosotros?

—Porque, aunque haya nacido en Marte, es un ser humano, hijo de colonizadores de las ciudades que el Gobierno de la Tierra construyó allá hace muchos años.

El hombre, el niño y el policía no comentaron nada más. Llegó la aerolancia y se llevó el cadáver, el cual fue sepultado al otro día en el Cementerio para Marcianos de la Tierra.